

CUANDO NO HAY OPCIÓN SIN DAÑO

Alejandro Pozo Marín (MsF)

La acción humanitaria puede provocar un impacto no deseado en las mismas personas a las que se intenta asistir. Este texto parte de la premisa de que ese efecto nocivo potencial es inherente, dado que resulta imposible intervenir en las zonas más violentas del mundo sin que se produzcan consecuencias indeseadas. No obstante, se sostiene que las organizaciones humanitarias no deben rehuir estos contextos, sino, por el contrario, priorizarlos, adoptando las medidas necesarias para mitigar el impacto no intencionado. Lejos de sugerir una retirada, se subraya la necesidad de una intervención responsable, que implique rendir cuentas por los efectos ocasionados, reconocerlos y asumirlos, reafirmando el compromiso de trabajar en los contextos que originaron la acción humanitaria. Aunque algunos de los planteamientos aquí expuestos podrían ser aplicables a otros ámbitos, este escrito se centra exclusivamente en la acción humanitaria en contextos de conflicto armado. Los contenidos de este análisis están desarrollados de manera exhaustiva, con numerosos ejemplos, en el libro *El impacto intencionado de la acción humanitaria en contextos de conflicto armado. Cuando no hay opción sin daño* (Pozo Marín 2021).

En 1999 Mary B. Anderson publicó el libro *Do No Harm* (Acción sin daño) (Anderson 1999), en el que popularizó un modelo complementado por diversas iniciativas previas y posteriores.¹ Esta máxima se asocia con frecuencia a la ética y la práctica médica. Sin embargo, la proposición *primum non nocere* (primero, no hacer daño), contrariamente a lo que comúnmente se cree, no está recogida en el juramento hipocrático de los profesionales de la salud (Herranz 2002). Tal vez, ya en su tiempo, Hipócrates comprendió la gran dificultad de compatibilizar siempre ambos principios.²

La acción sin daño es, sin lugar a dudas, uno de aforismos que debería guiar la práctica humanitaria, a través de una vigilancia honesta y transparente, que no solo

¹ Por ejemplo, el proyecto relacionado “Reflecting on peace practice” (RPP, reflexión sobre prácticas de paz) iniciado en 2004 por el CDA Collaborative Learning Projects; o la Evaluación del Impacto de la Paz y el Conflicto (PCIA, en sus siglas en inglés) de Kenneth Bush. Véase una descripción detallada en Barbeito *et al.* 2007.

² Cabe apuntar que la expresión “primum non nocere” es estrictamente médica y carece de dimensión política.

considere los impactos locales e inmediatos, sino también una visión más amplia y holística. En este sentido, las líneas que siguen no pretenden, en absoluto, cuestionar ese modelo, sino más bien reflexionar sobre su interpretación en el sector humanitario. Mary B. Anderson identificó que “la experiencia demuestra que, en general, las agencias humanitarias son mejores en el seguimiento de los impactos intencionados, positivos, directos, a corto plazo y tangibles. A menudo ignoramos o perdemos los impactos no deseados, negativos, indirectos, posteriores, de larga duración e intangibles” (Anderson 2006, 18). En 1999, ya abogó por afrontar los retos con responsabilidad en lugar de evitarlos: “es una falacia moral y lógica concluir que, debido a que la ayuda puede dañar, la decisión de no prestar ayuda no perjudicaría. En realidad, la decisión de detener la ayuda a personas necesitadas tendría ramificaciones negativas inadmisibles” (Anderson 1999, 2).

Las interpretaciones que, en ocasiones, se asocian con la acción consciente y crítica respecto al impacto no intencionado abarcan un amplio espectro de intervención humanitaria que va más allá de la asistencia; buscan la construcción de la paz; consideran el daño como evitable si se aprenden las lecciones de experiencias pasadas; parten de la premisa de que los medios deben ser coherentes con los fines; presuponen un proceso en el cual la intervención sigue al análisis del contexto; y subrayan la importancia de la sostenibilidad, la seguridad humana, la estabilidad política y el fortalecimiento institucional. Sin embargo, una postura *dunantista*³ puede limitar la intervención a la asistencia en el corto plazo, restringiéndose a las necesidades básicas; comprometer los medios en función de los fines; realizar el análisis de contexto *mientras* se llevan a cabo las operaciones, no antes; centrarse en los individuos más vulnerables y no en las mayorías; anteponer las necesidades básicas inmediatas y tangibles a las hipotéticas del futuro; o considerar una parte del daño como inherente e inevitable, un mal necesario, un doloroso precio a pagar para asistir de forma directa y temprana a quienes más lo necesitan.

³ A partir de Henry Dunant, fundador del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR). Se entiende por “dunantista” la acción humanitaria fundamentada en los principios de imparcialidad, neutralidad e independencia, así como en el derecho a la asistencia en conflictos armados recogido en el derecho internacional humanitario.

Como ocurre con cualquier otro actor en un contexto de conflicto armado, la mera presencia de una organización humanitaria influye y altera las relaciones políticas, económicas, sociales y culturales. En palabras de la propia Mary B. Anderson (1999), “cuando la asistencia internacional se proporciona en un contexto de conflicto violento se convierte en parte de ese contexto y, por tanto, también del conflicto” (1 y 45). Esto no implica que se trate de una actuación correcta ni incorrecta, sino del punto de partida: si se decide trabajar en contextos de conflicto armado, cabe esperar que se produzca un impacto no intencionado, que debe ser reconocido, preparado y vigilado. Aunque no se podrá eliminar, se deben realizar los esfuerzos necesarios para minimizarlo, afrontándolo de manera consciente y no mediante su negación u ocultación. Esto no solo compete a las organizaciones humanitarias, sino, especialmente, a los donantes, que exigen garantías de que no se producirá ese impacto no intencionado, cuando la única manera de garantizarlo es no intervenir en esos lugares.

La acción humanitaria produce, además de impactos negativos, efectos no intencionados positivos que son igualmente inherentes a los contextos bélicos. Incluyen los ingresos por los salarios del personal local. Un proyecto estándar puede generar estabilidad económica para cientos de familias en contextos de inestabilidad y necesidades generalizadas, aunque su objetivo no sea la creación de empleo. Otros impactos positivos no planificados incluyen la transferencia multidireccional de conocimiento y prácticas laborales y el enriquecimiento cultural al conocer otras formas de hacer y pensar. Además, se pueden observar efectos positivos en la economía local, el aumento de la visibilidad de la zona (aunque esto también puede tener efectos contraproducentes) y la mejora en la disponibilidad de servicios que, habilitados para la propia organización, también benefician a la población, tales como servicios energéticos, bancarios, de suministro, y la adecuación de vías de comunicación, entre otros.

Un ejemplo real, anonimizado, ilustra este tipo de impacto. Una organización humanitaria destinó varios millones de euros durante varios años y contrató localmente a cientos de personas para un proyecto sociosanitario en una zona remota, deprimida y

mal comunicada. La situación previa era alarmante, con una mortalidad muy por encima de los umbrales de emergencia, tanto en adultos como en niños. Años después, la evaluación del proyecto reveló una fuerte mejora sanitaria, pero no pudo determinar si fue el resultado directo de las actividades planificadas (impacto intencionado) o del cambio socioeconómico inducido (impacto no intencionado). Los salarios proporcionaron ingresos directos o indirectos a aproximadamente un 10% de la población estimada. La presencia humanitaria revitalizó la economía local y atrajo el interés de otros actores, uno de los cuales reconstruyó la carretera que conectaba con una ciudad cercana.

¿Cómo puede producirse el impacto no intencionado negativo?

Existen al menos medio centenar de maneras en las que la acción humanitaria puede generar efectos contraproducentes. Podemos agruparlas en ocho categorías.⁴ En primer lugar, la intervención humanitaria puede sustituir responsabilidades que corresponden a otros actores, encubriendo o distorsionando su acción o inacción. Las organizaciones humanitarias pueden dificultar las respuestas locales, alterar las prioridades, desacreditar a los gobiernos locales y desviar personal de estructuras públicas a privadas, afectando así a las capacidades locales, la autogestión y la sostenibilidad. También pueden desencadenar una ruptura del contrato social entre las poblaciones y las élites locales.

La segunda forma es la sustitución y el encubrimiento de responsabilidades en la protección de las personas. El concepto de “protección” ha adquirido una naturaleza difusa, y no existe una única forma de entenderla, ni tampoco de determinar en qué medida el personal humanitario puede realmente “proteger” o generar una falsa sensación de seguridad. Existen riesgos asociados al testimonio y a la incidencia política, incluidos los análisis y las acciones contraproducentes. Las organizaciones humanitarias son responsables tanto de lo que callan como de lo que dicen y cómo lo dicen. Calificar ciertas situaciones como “genocidio” o “hambruna”, por ejemplo, tiene

⁴ Siguiendo la estructura del libro, con tres partes: 1) el impacto en los sistemas nacionales e internacionales; 2) el impacto en los grupos armados y actores de poder; y 3) el impacto en la gente y la sociedad.

impacto, al igual que el uso de eufemismos o expresiones alternativas. Asimismo, solicitar intervenciones militares o abstenerse de participar en investigaciones y procedimientos judiciales también conlleva implicaciones importantes.

Un tercer tipo de impacto de la acción humanitaria es su instrumentalización.

Parafraseando a Clausewitz, el humanitarismo sería, también, la continuación de la política por otros medios. El sector humanitario está influido por intereses ideológicos, políticos y comerciales, y se ve marcado por la colaboración consciente o inconsciente con actores y agendas políticas, militares y económicas, tanto nacionales como internacionales. En ocasiones, la acción humanitaria se subordina a objetivos de otra naturaleza. Los marcos de financiación y, en ocasiones, la propia estructura del sistema humanitario determinan qué se prioriza y cómo y dónde se actúa. O dónde no: cuando se decide no financiar si no hay garantías de “no hacer daño”. En las últimas dos décadas se han impulsado iniciativas para embutir a la acción humanitaria en un paquete de medidas que anteponen la seguridad y la estabilidad política: “integración”, “nexus” y “coherencia”, incluso “estabilización”, que supone ayudar al Gobierno –una de las partes en conflicto armado– a gobernar. Estas lógicas pueden posicionar a la acción humanitaria en un conjunto percibido con recelo por una parte de la población, dificultando el acceso y la asistencia.

Una cuarta manera es la legitimación de líderes, actores armados y grupos de poder con los que las organizaciones humanitarias coexisten, dialogan e interactúan. Es probable que esos actores toleren la presencia humanitaria porque se alinea con sus intereses o, como mínimo, no los amenaza. En contextos de guerra, la autoridad siempre está fuertemente disputada, pero los grupos humanitarios requieren interlocutores para explicar quiénes son, qué hacen y cómo lo hacen, y obtener su aceptación y relativa seguridad. Ese reconocimiento implícito de autoridad puede legitimar a personas que se arrojan representatividades no siempre consentidas, promover a élites locales a menudo vinculadas a actores armados, y reforzar su estatus. El recurso a la protección armada también afecta significativamente a la percepción de la neutralidad operativa.

En quinto lugar, la financiación y la provisión de recursos constituyen quizá la forma más conocida y criticada de impacto no intencionado, aunque no necesariamente la más relevante. El desvío de fondos puede ser violento (a través de robos, saqueos, extorsión o sobornos), sutil (mediante impuestos, tasas o peajes) o mucho más discreto (por ejemplo, la utilización de recursos humanitarios, precios inflados de bienes y servicios, manipulación del cambio de divisa o dependencia de determinados actores para el traslado de suministros). Un ejemplo ilustrativo es cuando, en un contexto de guerra, un ladrillo, que antes costaba un euro, luego son diez debido a los pagos y controles militares impuestos a su producción e importación. De esta manera, la construcción de un centro de salud o una escuela podría desviar hasta el 90% de su coste hacia la economía de guerra, sin necesidad de saqueos explícitos.

Una sexta forma se encuentra en el oportunismo que representa la presencia humanitaria para los actores de poder locales. Estos pueden utilizarla de manera interesada, como excusa para justificar su acción o inacción, como medio para perjudicar a terceros, e incluso como cebo para cometer abusos, aprovechando la confianza que las organizaciones humanitarias inspiran en las personas perseguidas. Las organizaciones humanitarias también han sido objeto de suplantación de identidad con diversos fines y se les ha acusado de facilitar desplazamientos forzosos, crear refugios para los perpetradores o permitir que sus instalaciones y medios de transporte sean utilizados en las dinámicas de conflicto armado.

El séptimo tipo de impacto se refiere a los humanitarios como vector ideológico y modelo de sociedad. Cada organización y cada miembro del personal tiene su propia forma de pensar y actuar, sus valores y moral, que transmiten, a veces con efectos controvertidos. Este impacto es inherente a la identidad de las organizaciones y sus miembros, aunque sus perspectivas no siempre coinciden. Los encuentros entre el personal internacional expatriado, la población y el personal local a veces están marcados por estereotipos, relaciones de poder insanas e incluso abusos.

Finalmente, aunque no menos importante, el trabajo humanitario puede reforzar tensiones socioeconómicas y desequilibrios de poder. Con la llegada de una

organización humanitaria, muchas cosas cambian, sobre todo en zonas rurales o pequeñas localidades, donde la organización puede convertirse en una de las principales fuentes de ingreso en un contexto de necesidades extremas y escasas alternativas. Muchos se beneficiarán, otros saldrán desfavorecidos. El personal humanitario debe esforzarse por no replicar o reforzar las tensiones y los desequilibrios de poder preexistentes: entre las poblaciones de acogida y las personas desplazadas recién llegadas; en los procesos de reclutamiento y en la reproducción de las dinámicas de conflicto dentro de la propia organización; o en las desigualdades de género, la contaminación y los daños ambientales.

¿Por qué se produce ese impacto no intencionado?

Las organizaciones y las personas cometen errores. Sin embargo, el impacto que se aborda aquí no es el resultado de la ignorancia, la inexperiencia, la mala praxis o la mala suerte, sino de decisiones tomadas de manera consciente. De hecho, el impacto negativo puede ser compatible con un desempeño humanitario excelente. Este impacto es inherente, y lo es desde dos perspectivas distintas. La primera es la *inherencia coyuntural*, vinculada con el tipo de contexto elegido para intervenir. Las zonas de guerra se caracterizan por necesidades y vulnerabilidades extremas, depredación e incertidumbre, y las organizaciones humanitarias representan una oportunidad, una fuente de recursos y una posibilidad de reconfigurar las relaciones de poder. A menudo, los contextos que plantean mayores dilemas y desafíos son, al mismo tiempo, los más pertinentes y necesarios para la acción humanitaria.

La segunda es la *inherencia identitaria y procedimental*, que deriva directamente de las prioridades que una organización selecciona y de las decisiones que toma sobre quién es, qué hace y cómo lo hace. El sector humanitario es tan diverso como el empresarial, y nadie se atrevería a comparar a Microsoft con una tienda de ultramarinos. De la misma forma, dos organizaciones humanitarias pueden diferir profundamente en cuanto a cómo relacionarse con gobiernos, ejércitos, grupos armados, comunidades o personal local; en las prioridades de su respuesta o en la población a la que asisten; o incluso en la lógica y pertinencia de la propia acción humanitaria.

El impacto no intencionado negativo ha sido exagerado y minimizado al mismo tiempo. Exagerado en cuanto al impacto sistémico, en la guerra en su conjunto. Se puede afirmar que las organizaciones humanitarias han contribuido, de forma marginal, a la guerra –y a la paz– en lugares como Somalia, Siria o Sudán, entre otros. Sin embargo, asegurar que “prolongan” los conflictos armados resulta excesivo, y no se ha identificado ningún caso en el que los hayan causado. En cambio, los impactos a nivel local han demostrado ser muy significativos, y a veces ha sido el propio sector humanitario el que ha minimizado su relevancia. A menudo, los casos extremos son los que se comentan y difunden, lo que contribuye a construir la narrativa de la acción humanitaria a partir de excepciones, no de las situaciones cotidianas que caracterizan su labor.

Algunos ejemplos del pasado son de difícil reproducción en la actualidad. Las organizaciones humanitarias han mejorado considerablemente su conocimiento sobre las crisis y las circunstancias políticas que las facilitan, adaptando sus prácticas y procedimientos. No obstante, su evolución no ha ido necesariamente en la dirección de convertirse en contrapoderes o de aumentar su autonomía operativa. Como señala David Rieff (2019), “la independencia humanitaria siempre ha sido un concepto relativo en el mejor de los casos”. La mayoría de las organizaciones humanitarias sigue siendo fuertemente dependiente de los donantes públicos y privados. Los Estados, los grupos armados, las empresas, los actores con poder y la población en general han normalizado la presencia humanitaria y han aprendido a utilizarla. Como consecuencia, algunos de los impactos negativos no intencionados observados hace décadas siguen siendo una preocupación vigente.

Mientras existan guerras, cabrá ofrecer asistencia. El sector humanitario tiene la responsabilidad y el desafío de gestionar y minimizar el impacto negativo no intencionado; de reconocerlo y explicarlo de manera adecuada, sin ocultarlo o evadirlo, reduciendo la aversión al escándalo. Pero también de reafirmar su compromiso en los contextos de conflicto armado donde la acción humanitaria tiene su mayor sentido.

Referencias

Anderson, Mary B. 1999. *Do No Harm. How Aid Can Support Peace—or War*, Boulder, Colorado: Lynne Rienner Publishers.

Anderson, Mary B. 2006. “Impact measurement: impact assessment is an intervention”. En *Emergency Capacity Building Project: Translating standards into practice. NGO accountability and impact measurement in emergencies. Conference report*. Roma. 4 y 5 de diciembre.

Barbeito, Cécile; Redondo, Gema y Núria Tomàs. 2007. *La construcción de paz aplicada. Claves para incorporar una perspectiva de construcción de paz en los proyectos de intervención internacional en contextos de conflicto armado y/o tensión*. Bellaterra: Escuela de Cultura de Paz-Universidad Autónoma de Barcelona.

Herranz, Gonzalo. 2002. “The origin of ‘Primum non nocere’”. *BMJ*. 1 de septiembre.

Pozo Marín, Alejandro. 2021. *El impacto intencionado de la acción humanitaria en contextos de conflicto armado. Cuando no hay opción sin daño*. Valencia: Tirant.

Rieff, David. 2019. “Humanitarian politics and the spectre of illegitimacy”. *Journal of Humanitarian Affairs*, vol. 1, núm. 1: 46-48.